Pereira, Antonio: Cancionero de Sagres, Arbole, Editorial Oriens, Madrid, 1969.

Javier Martínez Palacio

Los poetas tienen una geografía y un camino. Antonio Pereira fue a Portugal a soñar, a ensancharse en una realidad, y a embeberse en el alma de los viejos cancioneros: “Toda la raya rayana / me huele a amores antiguos.”

Cancionero de Sagres es paisaje con hombre y un continente espiritual. El poeta que dice “Yo por la carretera con un mundo" va meditando aquello mismo que en su día preocupaba a Manrique:

El duelo entre la temporalidad y la eternidad, en el paisaje está el hombre que se consume en presencia de la historia (“Viniendo por Peñafiel / vi que un anciano, a la aurora, / cavaba solo la tierra / como quien cava su fosa”), y el río que evoca en el autor el recuerdo del camarada ido: "Ramón, te debo carta. Sobre todo / cada vez que envejezco junto a un río. / Miro pasar el agua y es tu rastro / de yedra lo que miro."

Portugal da siempre al viajero la sensación de un país ambiguamente efímero. Pereira me recuerda a Unamuno hablando de la saudade portuguesa, del pueblo triste, y suicida más que por evitar la vida por adelantar la muerte que le espera. Sólo allí la naturaleza se resiste. En el poema “La hora de la saudade", dice: "Anochece en Portugal. / Toda la melancolía / del mundo pesa en el alma. / ¡Qué lenta la anochecida! Las cosas también apuntan al mismo significado: "En la catedral de Guarda / suenan las horas marchitas. / Por el Mondego las sombras / ponen el cerco Coimbra”. En el espacio de la noche, el paisaje se puebla de fantasmas: "Sólo un postigo y me encontré en la noche", dice el fabuloso primer verso del poema 'Noche de marzo en Sagres' (publicado recientemente en estas páginas); el rey don Sebastián, Lázaro de Tormes, Isabel de Portugal, los Fernandos, los Sanchos, los Duartes, acompañan al poeta en su vigilia.

En *Cancionero de Sagres* hay exotismo, pero no escapismo. Pereira también se ha encontrado un paisaje familiar más allá de la raya: el paisaje de los indígenas; los mendigos que limosnean en los peldaños del Banco Nacional Ultramarino, la

limpiadora que a las seis de la mañana friega el mismo banco "todo de mármol", el emigrante, los "hombres de los metales" y las muchachas del telar, a los que el poeta llama hermanos, todos ellos "delgados aspirantes / al turno sudoroso de los días".

Pereira es uno de los poetas mayores de la nueva generación; ese prestigio le viene de tres libros excelentes, especialmente el que comentamos. Pereira ratifica a quienes pensamos hace tiempo que la renovación de la poesía española vendría desde provincias. La poética 'social' de las grandes urbes, que fue incapaz de encontrar un lenguaje que calara en el pueblo, cede el sitio a una poética tradicionalista -la del Cancionero de Sagres-, muchísimo más lírica y equilibrada, que encuentra su savia en el romancero, Manrique, Lope, Unamuno y Machado, así como en la poesía natural de la lengua. Vivimos una época de nuevos juglares y trovadores. Pereira pertenece a los segundos, porque su lira es extraordinariamente dúctil y armoniosa. Sus versos no buscan a la minoría, aunque tampoco la desprecian; escribe como queriendo reconciliar la poesía con el gran público: "Para pasar la frontera / por el aroma me guío. / Y nadie podrá decirme, / nadie, / que voy perdido".